



**LUIS
CARANDELL**

Nueva firma en nuestra revista: la del escritor catalán Luis Carandell. No es preciso trazar su semblanza; su figura intelectual, periodística y humana se perfila a través de dos obras, la primera de las cuales ha alcanzado la categoría de best-seller. Nos referimos a «Vivir en Madrid», una visión de la capital española que constituye un auténtico prodigio de penetración, humor e ironía, más allá del costumbrismo y de las descripciones asépticas y frías. Ahora acaba de aparecer la segunda, «Los españoles», dentro de la misma línea, tanto en brillantez como en profundidad. Luis Carandell, veterano periodista, viajero impenitente, corre por el mundo desde El Cairo, Hong-Kong, Singapur y Tokio, ofrecerá a nuestros lectores, a partir de este número, su interpretación de Cataluña. El propio Carandell define los límites en que la sitúa: se trata de una visión de los catalanes, con humor y con amor, sin pretensiones sociológicas o históricas. Es, decimos nosotros, una visión originalísima, que tal vez promueva la polémica, pero que tiene la virtud de la sinceridad y está expuesta en un estilo que se caracteriza por su ingenio, su hondura y su amenidad. Es la visión de un catalán que ama a su tierra y sabe, a la vez, distanciarla de ella lo suficiente para observarla en sus peculiaridades, en su específica personalidad. En su esfuerzo ha encontrado un magnífico colaborador, Xavier Miserachs, al que nuestros lectores ya conocen por su espléndida serie fotográfica para el reportaje «Amar en Madrid».

NOSOTROS LOS CATALANES

1 LOS NIETOS DEL SEÑOR ESTEVE

HE pasado desde Montjuich a la Barceloneta en el transbordador aéreo. La ciudad se ve muy bien desde esta vagoneta de cristales sucios. A mi lado hay un abuelito con sus nietos, unos recién casados de Valls, un guardia con su novia, dos obreros de la construcción con acento andaluz y un grupo de estudiantes del colegio de los Josepets acompañados por un Hermano de las



Escuelas Cristianas. Desde aquí se ve muy bien la ciudad; la Rambla, el Barrio Gótico, la Plaza de Cataluña, el Paseo de Gracia con el Tibidabo al fondo. A mi izquierda, la montaña de Montjuich, tras de la cual se ocultan los barrios de chabolas de Casa Antúnez. Tengo que escribir sobre Cataluña y sobre todos nosotros, los catalanes. «Te vas a meter en un lío», me ha dicho un compañero de Barcelona, poniéndome

una mano en el hombro. «Con lo susceptibles que somos los catalanes», me ha dicho otro. «Repasa tus artículos dieciocho veces y con veinticuatro pares de ojos», un tercero. Siento subir y bajar a lo largo del esternón unas bolitas de hierro como las de los rodamientos.

Tengo que hablar de muchas cosas, citar a Buenaventura Carlos Aribau, autor de la *Oda a Catalunya*, punto

de partida de la *Renaixença* catalana; a Prat de la Riba, Francisco Cambó, Federico Soler «Pitarra», Macià, el Noi del Sucre, Andrés Nin, Josep M.ª de Sagarra, Josep Pla, Salvador Espriu, Jaime Vicens Vives, los pintores de Dau al Set, el restaurante Sagués donde se come el pie de cerdo con nabos, la Plaza de Prim en Reus, el baptisterio visigótico de Tarrasa, la iglesita románica de Tahull. Voy a tener que apuntarme to-

NOSOTROS LOS CATALANES

dos los nombres. No se me vaya a olvidar alguno. Tengo que hablar de Manuel de Pedrolo, el más prolífico escritor en lengua catalana; de Narciso Monturiol, inventor del submarino; de don Eugenio D'Ors; de las virtudes caseras de la mujer catalana y de la fama que tiene de ser de pierna corta y espalda larga. Hablaré de la rivalidad entre Tarragona y Reus; de la meteórica ascensión de Lérida y de los turbios manejos centralistas que tratan de separarla de Cataluña. Citaré a mi tío Luis, funcionario del Ayuntamiento, que conoce la ciudad casa por casa, tienda por tienda. Hablaré de las casas de Gaudí, de la reconstrucción de la Sagrada Familia, de la Barcelona Traction Light and Power Company Limited, de las judías blancas con butifarra, de la Banca Catalana, del Monasterio de Poblet, de la Confitería Llibre y Serra, del Partit Socialista Unificat de Catalunya, de las cúpulas de las casas señoriales, de las farolas del Paseo de Gracia, de la importancia de los chaflanes. No me olvidaré de Mossen Dalmau de Gallifa, ni de monseñor Tusquets, ni de monseñor Lisbona, que fue compañero mío en «El Correo Catalán» antes del Concilio. Ni de los republicanos federales de toda la vida, que toman un carajillo por las tardes en los cafés de la Ronda de San Pablo; ni de los charnegos, ni de los ye-yés catalanes, ni del Balneario de Vilafloresa, ni de las atracciones del Tibidabo, ni de mi abuela, que me daba pan con vino y azúcar cuando iba a su casa los domingos.

...

Alguien me ha dicho que en Cataluña hay quinientas noventa y nueve clases sociales. Hablando de clases sociales, me viene de pronto a la memoria la casa de los Sanromá. Era una casa enorme, llena de jarrones de Sévres y cuadros malos del siglo XVIII. Tenía oratorio particular donde decía la Misa todos los domingos un padre jesuita y donde se celebraba de cuan-

do en cuando la primera comunión de uno de los hijos, que eran muchos. El jardín era inmenso y estaba lleno de rosales, que cultivaba personalmente el señor Sanromá. Este señor era más bien bajito y calvo, muy afable con los invitados y perpetuamente irritado con su esposa y con sus hijos. Era propietario de una de las más importantes fábricas de tejidos de algodón de Barcelona, donde todos los años, por septiembre, mi madre solía comprar camisetitas y calzoncillos para mí y para mis hermanos. Algunos domingos íbamos a pasar la tarde a casa de los Sanromá. Nos daban una merienda fabulosa, con jamón de york, pastelitos de carne, pan con foiegras, agujas de salmón y cerveza, orange crush y café con leche. Esto sucedía hacia 1947, durante los años que se llamaron los años del hambre, cuando había cola para el pan y racionamiento para el aceite. Las señoras de la sociedad asistían los miércoles por la tarde a las reuniones del Conferencia Club, y los jueves a la Junta de Señoras del Cotolengo del Padre Alegre, y la Guardia Civil buscaba debajo de los asientos de tercera, en los trenes, los fardos del estraperlo. Los días que había fiesta en casa de los Sanromá nos poníamos todos en corro en la sala grande, de la que se habían retirado las alfombras y un inmenso jarrón de porcelana china, y las niñas de la casa salían a bailar sevillanas con trajes de lunares y pantalones de puntillas.

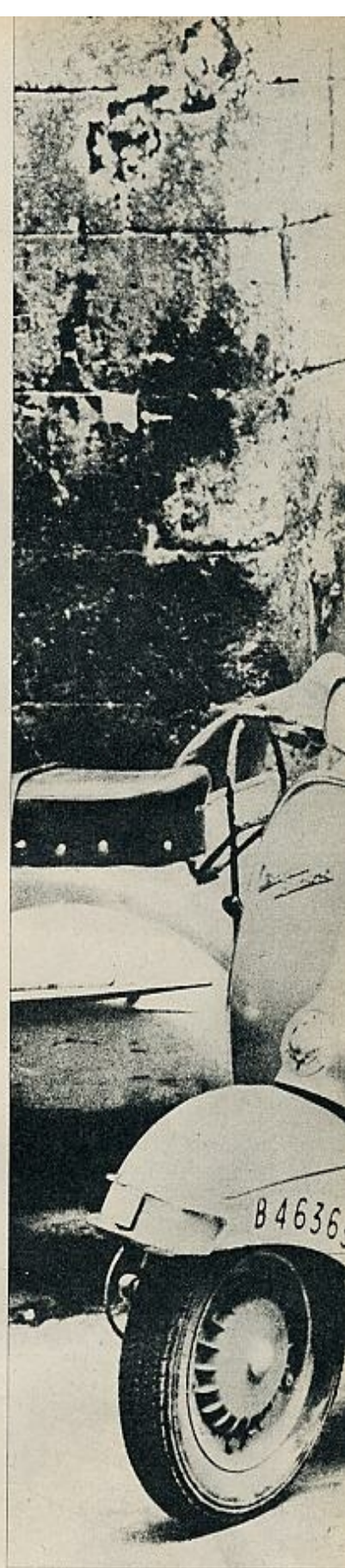
Los Sanromá estaban tan satisfechos de su propia riqueza, tan rodeados de porcelanas, alfombras, candelabros de plata y rosales floridos que apenas se fijaban en las personas que entraban en su casa. Mientras las niñas bailaban, nosotros empezábamos a darnos codazos y a quitarnos el ojo. Pero ellos estaban encantados de recibir a toda aquella gente. Invitaban a los amigos de los amigos y a los amigos de los amigos de los amigos y los atoraban de comida, pensando de este modo remediar de alguna manera los momentos difíciles por los que la ciudad atravesaba. La madre, doña Luisa, se enternece viendo comer a los estudiantes y a sus hermanas los empujados de casa Rondissani o los pasteles de nata de Prats y Fatjó. Los camareros alquilados se llevaban bandejas enteras de bocadillos a su casa y los invitados se metían bolsas de peladillas en el bolsillo para llevarlas a sus hermanitos.

...

Estuve cenando con un amigo en el restaurante Mariona, de la Ronda de San Pedro. Es un restaurante nuevo situado en el barrio de los almacenes de textiles y que tiene una solera de tradición catalana mezclada con un **modern style** de mercado común europeo y mundo libre. Ha nacido este restaurante como segunda edición burguesa de otro restaurante del mismo nombre situado en la parte antigua de la ciu-

dad y frecuentado por la bohemia de pintores y escritores y la seudoboheemia de sus acompañantes. Se han abierto otros restaurantes mucho más lujosos y también mucho más caros. Pero no han tenido el éxito que ha tenido Mariona. El factor precio es de suma importancia en la alta sociedad catalana. Salvador Espriu le dijo en una ocasión a un amigo mío que intentaba poner un negocio en Barcelona: «Desengañese, en Cataluña nadie se gasta nunca más de mil

"... el
equilibrio
entre
el confort
señorial
y la
calaverada".





pesetas». Por otra parte, la nueva Mariona se beneficia en gran medida de esta nota iconoclasta, melencua y liberal que cuenta con la brillante tradición de las juergas de un Santiago Rusiñol, de las extravagancias de un Pompeyo Gener y de la violencia de la gloriosa prensa humorística catalana. La burguesía barcelonesa —a mí, personalmente, me molesta emplear la palabra burguesía porque ha empezado a adquirir cierto aire libresco, so-

ciológico y prochino— decía que el dueño o el amo o el mandamás de Cataluña, encuentra en Mariona exactamente el equilibrio entre el confort señorial y la calaverada. En el sólido tronco de las familias existe siempre una línea ponderada, con carnet de la Lliga, al lado de una vertiente dicharachera, de garbanzo negro y tío soltero, a la que hay que acabar pagando los entuertos y los viajes a Suiza.

En una mesa, al fondo, cenan dos

modelos de Tuset Street con minifalda. No miran a nadie ni hacen caso de los circunstantes. En otra mesa, al lado, hay un grupo de poetas sociales con un arquitecto de la nueva ola. Observo que casi todos los cenantes aparecen fotografiados sobre unos paneles que sobresalen de la pared tapizada en arpiller. Las fotos están montadas sobre espejo, de forma que el que las está contemplando se contempla también a sí mismo y tiene la sensación

El chaqué y la chistera siguen siendo el uniforme imprescindible para asistir a bodas y ocasiones sociales.

...Al Liceo se va más a ver a la señora de la esmeralda sin jardín y a la señora de la capa de armiño, que a los obesos can-



NOSOTROS LOS CATALANES

de pertenecer a tan distinguido círculo. Pedimos una ensalada de endivias y un «Civet de liebre», con un vino tinto del Priorato.

—Mira esa mesa —me dice mi amigo—. Veo al fondo, a la derecha, a un caballero de cabellos grises y aire distinguido, con una señora todavía joven enfundada en un traje de oro muy ajustado, que estudia disimuladamente la sala mientras se toca el moño griego con las puntas de los dedos. «Un prócer —dice mi amigo—. Un prohombre». Observo que el prócer está silencioso durante toda la cena, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir. El prohombre catalán debe su inmenso prestigio fundamentalmente a tres cosas: ser fabricante y poseer importantes fincas agrícolas; ser bibliófilo y cervantista; no haber pronunciado palabra en su vida. Cuando alguna persona de su relación le explica algo, el prócer mira fijamente a la ventana con sus ojos grises y cansados y no dice nada. En los Consejos de Administración que él preside, los consejeros y los directores de empresa se desgañitan delante de él y acaban sufriendo de complejo de inútiles a la vista de su silencio estatuario. Todo el mundo piensa que el prócer tiene cosas muy importantes que decir y que el día que las diga, la cosa será sonada y se ganará mucho dinero. Pero el prócer sigue sin soltar prenda. Su prestigio reside precisamente en no hablar, igual que el prestigio de las mujeres consiste en no pasar de una discreta coquetería. Uno de los grandes problemas que el sociólogo tiene planteados en Cataluña es precisamente saber lo que piensa el prócer, si es que realmente piensa algo.

Me fijo ahora en que, en la mesa de al lado de la que ocupa el prócer, hay una familia numerosa. Los hombres

van de smoking y las señoras de largo, lo que anuncia que esta noche les toca Madame Butterfly en el palco del Liceo. Son dos matrimonios jóvenes, un señor y una señora que parecen los padres y una señora anciana que es, sin duda, la abuela de la familia. Los hijos y nietos ofrecen a esta señora vivas muestras de obsequio y solicitud. No cabe duda de que han logrado convencerla para que les lleve a cenar a Marióna antes de asistir a la función que les corresponde por abono en el Gran Teatre del Liceo. La señora habrá dicho que va a ser mucho gasto, pero que un día es un día y que hay que adaptarse a los nuevos tiempos. Al terminar de cenar, la anciana se pone las gafas, abre el bolso de *petits points* y paga la cuenta. Los efectos devastadores de esta clase de ancianas-pubillas-bien-plantadas en la sociedad catalana difícilmente pueden exagerarse. Matrimonios ha habido que no han podido empezar a gozar de la vida hasta los sesenta y cinco años, cuando ya tenían a su vez hijos y nietos y andaban todos con el trajeito del año pasado que la abuela se había dignado comprarles en el Dique Flotante.

—¿Quién es aquel señor de las gafas que está sentado con la señora de la pulsera de brillantes? —le pregunté a mi amigo. Y él me respondió: «Es un famoso cirujano, una eminencia». Me contó que era tan famoso que acudían a su clínica para operarse gente incluso de Suiza. «Fíjate bien, de Suiza» y añadió un signo de admiración con el dedo índice de la mano derecha. Los cirujanos y los médicos tienen en Barcelona una importancia sólo comparable a la que tienen en Madrid los abogados especializados en lo contencioso administrativo. Una buena operación de úlcera de duodeno en la clínica de uno de estos grandes cirujanos prestigia bastante más que tener casa en París. No se muere en Barcelona nadie que se precie sin haberse puesto antes en manos de alguno de ellos. Lo que suele ocurrir, y de esto no tienen ellos la culpa, es que las familias no hacen el gasto hasta que la situación del abuelito es ya francamente desesperada. En muchos casos, su intervención se limita a explicarle a la familia que no hay nada que hacer, que el médico de cabecera ha llevado inmejorablemente al enfermo y que se ha hecho todo lo que la ciencia está en situación de hacer. Las familias pagan la factura muy a gusto y se quedan absolutamente consoladas, pensando que se ha hecho por el abuelito todo lo humanamente posible y que nunca les podrán reprochar que le dejaron morir como a un pajaro.



ntes alemanes. A la derecha, velada triunfal de puesta de largo que satisface todas las exigencias de ceremoniosidad.



El ambiente de Bocaccio es absolutamente singular en esta península. No importa que tenga algo de imitación extranjera porque también lo tenía la Real Academia de la Lengua y no fue tan mal.

NOSOTROS LOS CATALANES

Al día siguiente comí en casa de Nuria, una amiga mía. Esta Nuria ha vivido mucho en el ambiente burgués de la posguerra y, como consecuencia de ello, se ha vuelto un poco anarquista. Todos los catalanes tenemos algo de anarquistas, aunque sea solamente en el aspecto sentimental de la palabra. El recuerdo del *Noi del Sucre* está muy vivo entre nosotros. Representa el lado honrado o puro de nuestra conciencia. Nuria se educó en las Esclavas, creo que me dijo, o en Jesús María, pero cuando empieza a hablar de la cursilería de las señoras de la sociedad se

esmeralda sin jardín, a la señora del rubí auténtico y a la señora de la capa de armiño que a los obesos cantantes alemanes que interpretaban el Sigfrido o el Ocaso de los Dioses. Los melómanos iban al cuarto piso o a las butacas de platea. Cuando se apagaban las luces se encendían multitud de linternas individuales. Eran los melómanos, que seguían la partitura nota por nota. Esta Cataluña, montada en el machito de la neutralidad española, no fue beligerante en ninguna de las dos guerras mundiales y ganó dinero en las dos. Pero tuvo sus pinitos de germanofilia y

ria, cuando el dios Wotan habla con su esposa durante más de una hora de sus problemas familiares, todo el mundo abandonaba los asientos (con la excepción de los que en aquella época estudiaban alemán y querían hacer prácticas) y se metían en el antepalco o bajaban al bar. Los maridos aprovechaban normalmente la escena llamada del Crecimiento de la Hierba, de Sigfrido, para salir con la excusa de resolver un asunto y acercarse a tomar un martini a casa de la querida. Durante las interminables escenas del Oro del Rhin, los muchachitos vestidos de smoking se daban el lote con una amiga de su mamá en el asiento posterior del palco.

«Pero lo que más me molestaba —dijo Nuria— era que a la salida del Liceo, a las dos de la madrugada, hubiera mucha gente en la acera de la Rambla viéndonos salir con los trajes largos y los abrigos de pieles. Era como si, a pesar de todo, los barceloneses que no podían pagarse una butaca siguieran creyendo en nosotros, como si nos estuvieran dando un voto de confianza, después de todo».

...

A la noche fui a Bocaccio, que es hoy la boîte de moda de la sociedad barcelonesa. Me sorprendió comprobar que se encontraban allí muchos de los que se habían hecho retratar para decorar los muros de Mariona. La decoración de Bocaccio es absolutamente singular, quiero decir singular en esta península porque malas lenguas dicen que imita a algún local *modern style* de París. No lo he comprobado personalmente y no importa demasiado, porque también era una imitación la Real Academia de la Lengua y no fue tan mal. En el fondo, las únicas cosas verdaderamente nuestras son la empanada gallega, el canto flamenco y el Opus, y ahí no se termina el mundo. La decoración del Bocaccio es singular, porque está concebida con el predominio casi exclusivo del color rojo. Tapicería roja en las paredes, bancos, sillas y taburetes tapizados en rojo, servicios de ladrillo rojo. Por todas partes aparece, sobre fondo rojo, la «B» historiada de calígrafo romántico que este verano he visto lucir en las camisetas playeras de las señoras en Cadaqués. Me acerqué a la barra de abajo y me dieron un vodka con naranja en una copa inmensa, como una sopera, que está mucho más proporcionada al tamaño medio del hombre que las copas normales. Allí estaba la multitud de ilustrados a la milanesa. Entraban



El clásico tilburi, imagen del sueño ochocentista, se ve todavía circular por la Barcelona moderna. "Noi, quins senyorassos!"

pone en jarras y echa la cabeza para atrás, dice tacos y habla en catalán.

Nuria me habló de las noches del Liceo, cuando ella tenía dieciocho años y la pusieron de largo. Ella iba a un palco del tercer piso. Su familia no tenía suficiente posición para tener un palco de platea o de principal. No les correspondía estar al lado de la gente de más postín y, en Cataluña, es muy importante saber mantenerse en el lugar que a cada uno le corresponde («el lloc que ens pertoca»). Desde el tercer piso, durante los entre actos, Nuria contemplaba con los prismáticos el gran salón iluminado. Al Liceo se iba más a ver a la señora del collar de

se entregó con pasión a los bombos y a los clarines wagnerianos. El nacionalismo burgués venía derecho de los idealistas alemanes. Pero la mayor parte de la gente, y sobre todo los de los palcos de los pisos bajos, iban al Liceo para lucir los broches de brillantes, para demostrar que estaban en situación de pedir un crédito y para casar a las niñas con el joven de moda. Las familias invitaban a sus amigos, a sus banqueros o a un coronel de la guarnición con su esposa, y en los antepalcos se organizaban merendolas, se descorchaban botellas de champán y se preparaban combinaciones oligárquicas. Durante el segundo acto de la Walki-



NOSOTROS LOS CATALANES

familias vestidas de Liceo junto a jovencitas con minifalda, pintores despeinados con chaqueta gris, arquitectos impecables y poetas sociales. Rápidamente me pusieron al corriente de todo. El Bocaccio es una sociedad anónima constituida por los clientes que van allí todas las noches. La mayor parte de los que están por allí sosteniendo las copas gigantes son accionistas del negocio, de manera que lo que gastan en consumiciones lo recuperan en dividendos. Este fue también el éxito del Gran Teatro del Liceo, que no es más que una comunidad de propietarios de palcos y butacas. Una señora que estaba por allí me contó que el delirio del Bocaccio en la hora actual llegaba a extremos impensables. Unos días antes había asistido a una cena en casa de una amiga suya que

se llamaba Nené. La cena fue servida por el restaurante Reno por todo lo alto, y al terminar de cenar, en lugar de dejarles que se quedaron charlando o bailando en la misma casa, Nené y su marido se llevaron a los invitados a Bocaccio, donde habían reservado cuatro mesas. La fidelidad industrial es una cosa muy importante en una sociedad basada en la industria.

Durante toda la noche no vi en Bocaccio más que un solo aristócrata y aún no estoy seguro de que no fuera un título pontificio. La vieja nobleza catalana ha desaparecido casi completamente o ha sido absorbida por la nobleza de Madrid. La aristocracia necesita vitalmente de la capitalidad. El aristócrata que vi, un marqués, era uno alto, más bien corpulento, un hombre de unos cincuenta años, con los cabe-

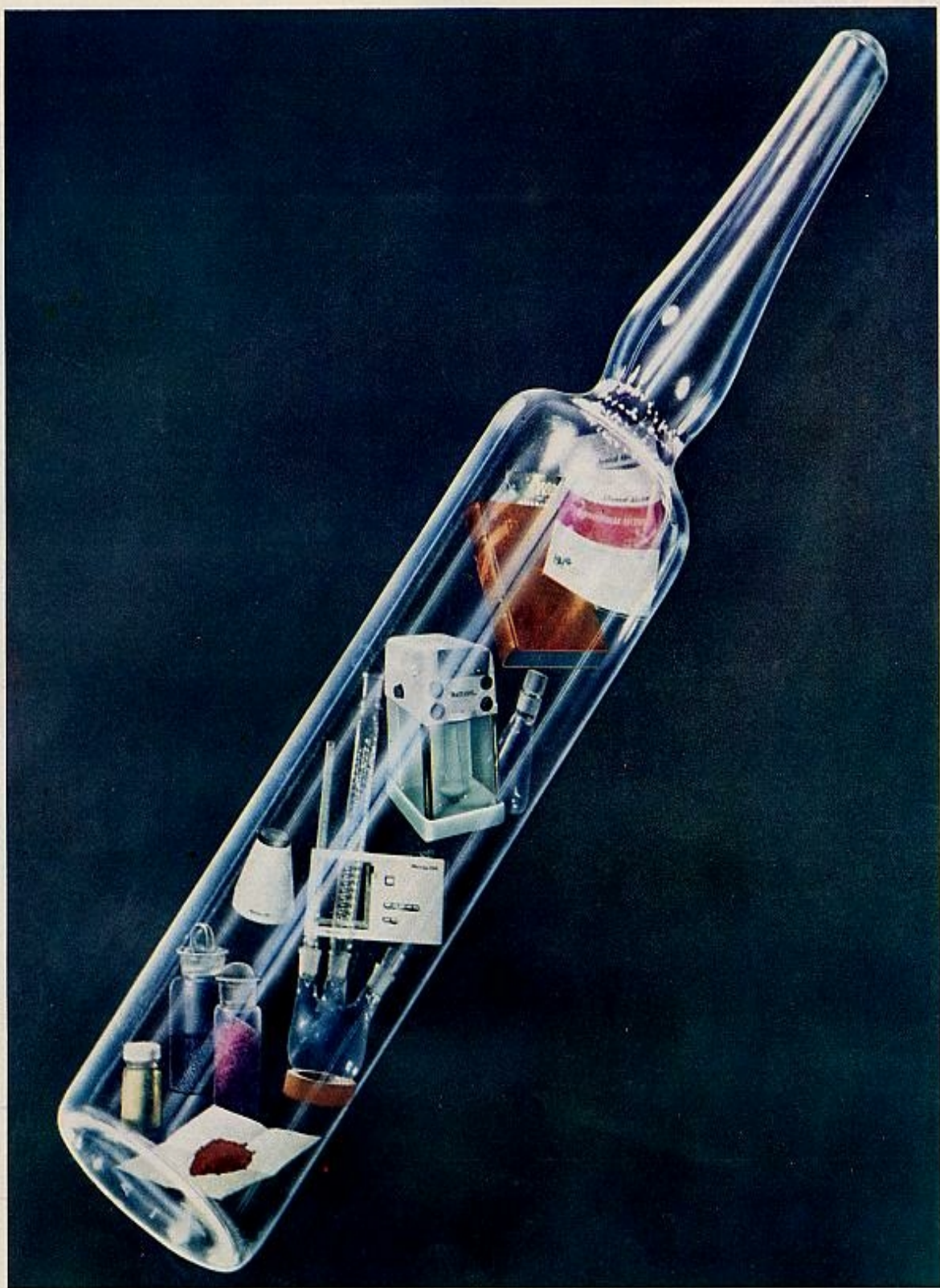
llos plateados. Hablaba con una voz un poco pastosa, en castellano, con un acento catalán muy distinguido, y se comía las letras que costaran algún esfuerzo. Desde donde yo estaba no le oía bien, pero creo que dijo: «En España no hay un solo sitio donde se pueda comer decentemente».

Uno de los grupos que más llaman la atención entre todos los que acuden a Bocaccio o a la Mariona es el de los arquitectos. Los arquitectos catalanes actuales tienen en su haber la tradición de la gran escuela de Gaudí, Gaudí y sus discípulos, Domenech i Montaner y Puig i Cadafalch, llenaron la ciudad de edificios, parques, iglesias hospitales y salas de concierto que han dado a Barcelona un carácter absolutamente original entre las capitales europeas. Sus seguidores hacen un tipo de arquitectura totalmente diferente, más en línea con la arquitectura europea actual pero que representa, en un país que sigue apegado al modelo de El Escorial, una indudable novedad. Pero a estos arquitectos, que están tratando de hacer una arquitectura social, del mismo modo que los poetas tratan de hacer una poesía social, les ocurre que se ven obligados a hacer sus ensayos de arquitectura social en los barrios elegantes, y su arquitectura es social, en tanto que es arquitectura de alta sociedad. Ahí los tenemos en el Bocaccio hablando de sus cosas. En una ocasión abrí una revista de arquitectura y encontré un artículo de Oriol Bohigas sobre una casa de Ricardo Bofill, un artículo de Ricardo Bofill sobre una casa de Federico Correa y un artículo de Federico Correa sobre una casa de Oriol Bohigas.

Me presentaron a dos señoras que dijeron llamarse Pizca y Toña. Eran muy simpáticas. Llevaban una minifalda discreta y no parecían nada tontas. Se divertían de lo lindo bailando con aquella música ensordecedora. Dijeron que era muy aburrido quedarse en casa y que habían dejado a los niños en la cama (acondicionados, dijeron ellas) y habían dado órdenes a la muchacha para el almuerzo del día siguiente. Son pocas, sin embargo, las que consiguen mantenerse en el justo término medio que impone el *seny català*. Hay algunas que presumen de tener un pisito y que se hacen acompañar de un muchachote rubio que parece sacado del Club Natación Barcelona y al que llaman en broma su *novio*. Estas son las menos. Otras van a Bocaccio por la noche y salen de allí a hurtadillas con algún amigo y se van a bailar a Baccarrá, que es una sala más oscurita y más ye-yé. Casi todas



Las rosas de San Jorge en el esplendor gótico -ligeramente amañado- de una ciudad absolutamente decidida a ser la más antigua y al mismo tiempo la más moderna.



Radiografía de un medicamento

Una reducida ampolla de cristal y una pequeña cantidad de líquido transparente encubren, a quien lo mira, el verdadero contenido de este inyectable y sin embargo, para lograr su obtención se precisaron años de estudio y experiencia de todo un equipo de infatigables especialistas y técnicos, que consumieron densas horas de investigación.

Fué necesario emplazar y mantener delicadísimas instalaciones de laboratorio, moderna

maquinaria, aparatos de control y una planta técnica, industrial y sanitariamente adecuada, para su manipulación y envase.

De todo ello resultó una equilibrada fórmula, al servicio de su médico.

Esta es, en síntesis, la radiografía de un medicamento preparado con las más modernas técnicas y absolutas garantías, propias de una Industria consciente de su responsabilidad.

La Industria Farmacéutica ofrece a Vd. estas consideraciones

ellas visten en Pertegaz, toman el aperitivo en The Pub o en cualquier otro de los bares de Tuset Street, y en invierno, todos los años, hacen un viaje a Sulza con su marido y con sus papás. Pero la mayor parte de las señoras van a Bocaccio para vigilar a su marido que trata de despistarse entre la gente que llena el local. Se las ve bostezar en las mesas que rodean la pista. Los maridos, en cambio, lo pasan en grande. La tradición de los maridos fugaces está tan arraigada en Cataluña que hubo una época en que a uno le negaban los créditos si no tenía una o dos queridas. En la actualidad, la clase alta ha renunciado a este privilegio. La querida ya no se estila, ha quedado relegada a una clase de gente venida a más que todavía no se ha enterado de que esta institución, tan nuestra, ha pasado definitivamente a la historia. La élite industrial, en esto como en todo, se ha puesto en plan de eliminar gastos. Hoy se estila salir con amigas sin compromiso económico fijo, manteniendo la cosa siempre dentro de una razonable, aunque no pazguata, discreción.

Estando yo en la barra de Bocaccio con un grupo de amigos, uno de ellos explicó que conocía un bar muy discreto en el que se podía tener la seguridad de no ser sorprendido por ninguno de los habituales de la dulce vida barcelonesa. Había allí otro joven muy distinguido, que llevaba un traje color tabaco y una camisa blanca a rayas rojas muy anchas. Escuchaba atentamente al que estaba hablando. De pronto le interrumpió, diciéndole en tono confidencial: «Te cambio tu bar por un restaurante que yo me sé».

...

Fuimos al cuarto de baño y nos pusimos colonia de un frasco muy grande que estaba sobre la repisa para el servicio de los clientes. **LUIS CARANDELL**

(Fotos: XAVIER MISERACHS)



**SE HA
DICHLO...**

- * ... se afanaban en pensar con gran pureza y les sostenía la pequeña convicción de ser los mejores.

Salvador Espriu. «Teoría de Crisant»

- * Eran a la vez tiranos y sentimentales, inflexibles y avaros por un lado y altruistas por el otro, virtuosos por la mañana y un poquito crápulas por la noche, orgullosos, despotas en la fábrica y apocados en Gobernación, toscos con la familia y afables con la querida y, por encima de todo, tenían horror al descrédito.

Xavier Benguerel. «Gorra de Plat»

- * Los catalanes tenemos una cierta tendencia a dejarnos cegar por la pasión y a encontrar mal, por sistema, toda obra ajena. Pero el Barrio Gótico es distinto. Está muy bien. Les quedó muy bien... El señor Duran i Sanpere solía contar que un turista entró un día en una camisería del Paseo de Gracia preguntando dónde estaba el Barrio Gótico. El dependiente no lo sabía y tuvo que preguntárselo al dueño. Sí, hombre —dijo éste—, es lo que están construyendo alrededor de la catedral.

Tisner. «Guía Inútil de Barcelona»

- * Se organizó una comisión para trasladarse a Madrid a fin de interesar al Estado el arreglo de las carreteras de Cataluña. Esta gestión continúa hoy y supongo que será de larga duración. Pero no hay que olvidar lo que se logró cuando se cuidaba de todo el general Primo de Rivera y lo bien que quedamos.

Manuel Ribé. «Memorias de un funcionario»

- * Sí, de acuerdo, pero habrá mucha gente que lo encontrará raro. De alguna forma tenemos que distinguírnos. Si encima de incluir a un obrero en nuestra candidatura, no bendicimos el local, la gente se nos va a alarimar. Hay que tener diplomacia.

Llorenç Sant Marc. «Malas companyias»

- * Aquellos patronos no querían eliminar la posibilidad de un entendimiento con el poder constituido, sobre todo cuando se trataba de cerrarle el paso a la temida fuerza obrera.

Angel Carmona. «Dues Catalunyaes»

derecha, «nova cançó» en los salones de una casa particular, rabiosamente típica del mecenazgo industrial.



- * Cataluña es la única metrópoli que trata de separarse de sus colonias.

Wenceslao Fernández Flórez

- * Por lo que se refiere al catalanismo, los burgueses catalanes son hamletianos. Ser o no ser, ésta es la cuestión.

Josep Pla

- * Tiene unos faros pseudomonumentales, un muestrario de edificaciones que comprenden desde la cueva de Altamira hasta las rateras ultramodernas y unos guardias coplados de Trafalgar Square... y a todo esto lo llaman el Paseo de Gracia.

Joaquín María de Nadal

- * Al carecer Barcelona de Bolsa, a fines del pasado siglo se celebraban sesiones privadas, cotizando valores, en los salones de descanso del gran teatro del Liceo, durante los entreactos de las representaciones.

José María Tallada

- * En Cataluña, lo más revolucionario es tener buen gusto.

Eugeni D'Ors

- * De todas las formas de engañar a los demás, la pose de seriedad es la que causa más estragos.

Santiago Rusiñol. «Maximes i mals pensaments»

- * Yo no sé lo que es el proteccionismo; yo no sé si al país le conviene o no el proteccionismo. Pero lo que sé es que mis queridos hijos, mis diocesanos, dicen que el libre cambio sería la muerte de toda la población obrera de Cataluña y por eso defienden el proteccionismo.

Obispo Urquinaona

- * Barcelona, tus hijos no acaban de entenderte frenética vidente, colchón de espera. Desgrenada, ronca, pierdes la vergüenza y la bandera, Barcelona. Pero te ganas la vida con manos inmensas, distribuidoras de bofetadas inmensas.

Pere Quart. «Oda a Barcelona»

EN EL PROXIMO
NUMERO

**VENIDOS
A MAS Y
VENIDOS
A MENOS**